

La enseñanza de la Religión en la Universidad

(EXPERIENCIA DE UN FRACASO PERSONAL)

Llamado por el claustro de un centro de estudios superiores no universitarios, he venido desempeñando durante tres años el cargo de profesor de religión. Sólo buenos recuerdos conservo de aquella casa en lo referente a sus directores y a sus alumnos. La serie de atenciones y de facilidades que de aquéllos recibí para el desarrollo de mi enseñanza superaron, y con mucho, a lo que en otros centros facultativos se ha brindado y se brinda. El número de clases, superior al de las Facultades, el horario siempre acomodado a mis ocupaciones, el interés mismo de estas autoridades académicas por la marcha de mi trabajo y su resultado, todo ello deseo que aparezca bien claro al comienzo de este artículo, en el que se va a hablar de un fracaso completamente al margen de la responsabilidad en la dirección del aludido centro.

Y esta primera salvedad, quiero también extenderla a mis discípulos. Ni peores, ni mejores que los demás compañeros de su generación, ellos representaban, normalmente, lo que hoy encontramos de bueno y de menos bueno en toda la juventud estudiosa de nuestro tiempo y ciudad. Mejor dicho, si algo peculiar hubiera en ellos que notar, sería el de su mayor capacidad intelectual, quizá, también, su mayor espíritu de trabajo y hasta, si se apura, su más sólida formación religiosa en la inmensa mayoría de ellos. Nada, pues, que no sea afecto y buen recuerdo conservo de esa serie de promociones que en ese centro conocí. No quiero con ello hacer una apología, pero sí descargar de responsabilidad al aparentemente culpable y fundamentalmente inocente.

Fueron tres años de enseñanza, de esfuerzo y de buena voluntad y hasta ilusión, por mi parte. Las causas de mi retirada no fueron, por supuesto, únicamente, ni principalmente, los fracasos; ocupaciones de otro género me obligaron a ello; pero, tampoco es justo negar que el fracaso, la conciencia de haber fracasado influyó, y no poco. Y porque esta experiencia puede servir de algo en el examen del difícil problema, me he atrevido a traer a la REVISTA un caso personal, intrascendente en sí, pero revelador de algo importante.

Tengo que reconocerlo con toda sinceridad, aquellos tres años de enseñanza religiosa desembocaron en el fracaso. No puedo ignorar que la causa principal del mismo estará, sin duda, está, indiscutiblemente, en mi carencia de dotes debidas para tal ministerio docente. Pero éste es un punto que no puede interesar absolutamente nada a los lectores. Al lado de esta causa de tipo personalísimo hay otras que recogen una situación, que expresan unas dificultades características en la misma entraña de la docencia religiosa, causas, todas ellas, objetivas, que trascienden a la responsabilidad de profesores y discípulos, y de las que quisiera hablar aquí.

DESINTERÉS POR LA CLASE DE RELIGIÓN.

He dicho "causas", pero acáro diciendo ahora "causa". A una reduzco lo fundamental del problema, a saber: a nuestra juventud universitaria—entendido este término ampliamente—no le interesa la enseñanza religiosa, o, dicho con más precisión, esta juventud viene a nuestras aulas superiores mal dispuesta, mal preparada por desinterés para recibir tal enseñanza. La culpabilidad de tan triste disposición hay que volcarla de lleno y repartirla proporcionalmente sobre toda la ancha sociedad española, en la cual se forma dicha juventud, sociedad que incluye hogares y colegios, institutos y asociaciones, la calle y los espectáculos. No seamos tan ingenuos y tan injustos que vayamos a cargar toda la acusación sobre la segunda enseñanza. El problema es más hondo que el que corresponde a una deficiente programatización de la enseñanza y a una discutida forma de la misma.

Veamos por dónde apunta el desinterés acusado. Opino que su análisis debe depararnos tres contenidos vitales de notable importancia. Estos muchachos, más serios que nosotros y más sinceros, viven, por culpa nuestra, sin duda, un entrañado practicismo en su formación. Sus estudios se orientan, ante todo, a resolver su vida como carrera de salidas, toda enseñanza que no vaya en la orientación de esta aptitud común, pierde categoría ante sus ojos. Sé que hay excepciones, sé que funciona en la Universidad de Madrid una Aula de cultura que es toda una esperanza; sé, además, que estos mismos chicos leen al margen de sus estudios y piensan por su cuenta cosas serias, pero el hecho de su general desinterés por lo no práctico en orden a su carrera es demasiado evidente para tener ahora que demostrarlo. Las clases de formación política y las mismas prácticas de formación física reciben el mismo desaire de los mismos estudiantes y por los mismos motivos. Y, repito, la culpa no está en ellos.

Menos apreciado es, posiblemente, el segundo contenido del citado desinterés. Esta generación joven vive el desprestigio de la enseñanza oral, lo vive crudamente. Creo que, en parte, siempre ha ocurrido algo semejante, pero me temo que el grado actual del dicho desprestigio sea inédito. Temen al "rollo", rehuyen la conferencia, el comentario, el cursillo, y si esta exposición verbal es del sacerdote, entonces el pavor es todavía más grande. Se escapan al libro y a su propio pensamiento sobre él. La falta de auténticos maestros se relaciona, sin duda, con este sincero gesto de protesta ante tanta infeliz dialéctica y retórica de nuestros días.

Pero apuntemos más, mirando ya al contenido específico del desinterés por estas clases. Nuestros muchachos vienen a los estudios superiores con lo

que nos atreveríamos a llamar un hartazgo de ciencia religiosa, algo mal servido, mal comido y mal digerido que ha ocasionado en ellos la típica mueca de "no me gusta" que los niños ponen ante el manjar que les ocasionó un cólico. Y vuelvo a insistir en extender la responsabilidad de este disgusto sobre todo el ambiente social del que reciben religión nuestros muchachos. Y distingo, para más exactitud, el disgusto ante la enseñanza religiosa del disgusto ante la misma religión. Son vivencias distintas; sabemos todos que estos estudiantes viven su problema religioso con más intensidad y verdad que lo pudimos vivir nosotros. Pero su vida religiosa, más o menos rota o conseguida, no suele incorporar en la medida debida la religión como ciencia, el cristianismo como mensaje sistematizado.

En diversas ocasiones hemos intentado despiezar la vida religiosa del común de nuestros jóvenes. No es empresa fácil y se brinda a apriorismos y gratuitades, pero reduciéndonos a un bosquejo elemental de ella, diríamos que se puede reducir a lo siguiente: una íntima preocupación por el misterio de Dios y su destino de ellos, manifestada tantas veces por la única y universal "pega" que ponen en los estudios del dogma, la predestinación. Sobre esta preocupación, honda según diversos grados, una verdadera angustia moral, de ordinario extendida hasta el escrúpulo y la neurosis. Añadamos una inconstante práctica de materias religiosas que no casa con lo anterior y que, además, para peor acoplamiento, tienen estas dos indigestas características: la del "tabú" y la de la apologética del siglo pasado. Sobre este punto de nuestra ciencia de contrarreforma, José Luis Aranguren, en su formidable libro "Catholicismo y Protestantismo como formas de existencia", y más posteriormente en esta misma REVISTA, ha dicho cosas acertadas y precisas que no voy a repetir.

PEDAGOGÍA EQUIVOCADA.

Con este bagaje, poco más o menos, nuestras juventudes de estudios se nos meten en la Universidad y Escuelas, con este bagaje no puede haber hombres que gustosos e interesados se sienten en un aula para recibir una ciencia, de la que, en parte, están bien hartos, porque no ha encajado con su problema religioso. Es algo más que desinterés, es disgusto, es larvada e inconsciente protesta del no encontrar en la ciencia religiosa la solución que buscan y piden para sus vidas. La sociedad española les ha deparado muchas cosas buenas en su formación de cristianos, muchas que es un deber mencionar con elogio y satisfacción, pero quizá ha faltado una, sembrar en ellos el interés vital por la Verdad de Dios, expuesta por la Iglesia. Les han dado todo, demasiado, posiblemente, pero no el gusto, no esa tendencia despertada y cultivada con esmero, ese afán por adquirir más luz religiosa. Creo, sinceramente, que toda la enseñanza inferior que se desarrolle con descuido en el cultivo de este elemento, constituye una pedagogía equivocada y un punto de partida de fracasos posteriores.

Pero permítanme que, volviendo al caso personal de mi fracaso, exprese aquí por dónde fueron mis esfuerzos para vencer el radical desinterés de estas juventudes virilmente sinceras. Partí de la exclusión de toda forma pedagógica coactiva. Dándome cuenta del sacrificio que hacían ellos viniendo a estas clases y siempre opinando que a esa edad la re-

ligión debe entrar con satisfacción y no a la fuerza, procuré "paternizar" lo más posible la enseñanza, el sacerdote por encima del profesor. No pasaba lista, no preguntaba ni molestaba a nadie. El resultado no fué feliz, el desinterés no se rompía con la mera bondad. Una vez más, su sinceridad respondía crudamente: si usted no urge ¿por qué vamos a ir a lo que no nos interesa? Me advirtieron con razón los elementos directivos del centro y urgí, suavemente, alegremente, pero apretando el tornillo, aunque con inmensa repugnancia. Creo que el resultado fué todavía peor, más asistencia, pero más malestar, el prestigio sacerdotal del padre disminuído, y el desinterés expresado en el gesto de disgusto. Hasta aquí el fracaso de la forma. Opino noblemente que un maestro de cualidades grandes hubiera hallado ese difícil término y encantamiento de la forma adecuada que no pude hallar, pero, dadas las circunstancias, desganadas y sinceras de estos chicos, el maestro-solución no tiene que ser alguien de dotes muy notables.

PROGRAMA DE MATERIAS.

Y vengamos a la materia de las clases. Empecé por el dogma y probé respecto a él dos modos de exposición, el clásico y el moderno sugeridor. Ante el primero, la reacción era la lógica continuación del disgusto bachilleril; estaban ante la ciencia tabú de términos y problemas ajenos a su preocupación religiosa. Ante el segundo, noté, con dolor, que tampoco entraba yo en su ambiente, la religión para ellos no podía exponerse sino de aquella manera de su infancia, esta otra formalidad les resbalaba por falta de preparación debida, es decir, un tabú todavía mayor. Hartos de lo primero, incapaces de la segundo, ¿por dónde tirar? Conozco la respuesta: por las condiciones excepcionales del hombre-maestro. Pero éste ¿dónde se encuentra?

Alterné dogma con moral. Aquí estábamos ya en un terreno más suyo, siempre que pasáramos de la moral racional a sus problemas de ellos. Casuística, para otra orientación les encontré faltos de la disposición debida. De tal modo la casuística chica les obsesiona que, a modo de ejemplo, citaré algo que me sucedió y no sólo una vez. Habiendo expuesto con todo el calor que pude poner en ello, la grandeza de la salvación por Cristo y el análisis del problema de la fe, pido que me pongan dificultades y surge el espontáneo sincero con su salida infeliz: "Padre, tengo una dificultad, claro que propiamente no es de esto. Padre: ¿Se puede besar a la novia?" Esto a los veinticinco años, en una clase de estudios superiores de religión y dicho sin que nadie protestase, sino todo lo contrario, porque ahí estaba el problema religioso de la mayoría, ahí y en preocupaciones de ese calibre y terreno.

Intenté tocar lo erótico desde lo alto, para quitarle hierro y darle espiritualidad. Fué casi en vano, se oía con más afán, pero a la hora del diálogo, ya estábamos en lo del baile, en lo de la novia, en lo de las miradas y en lo... del si se puede uno lavar los dientes por la mañana antes de comulgar.

Por último, también intenté todos los años añadir unas clases de moral profesional. Aquí la desilusión fué mayor todavía. Tengo que hacer la excepción de discípulos espléndidos, tocados de una verdadera inquietud social, y generosa concepción de su carrera. Pero eran... excepción. Los demás, el ambiente general de la clase, no distaba lo más mínimo del am-

biente general de la calle y las oficinas y los despachos. Estos chicos defendían su carrera como un privilegio, no veían en ella sino un modo de ganarse la vida, contrariado por una sociedad injusta. El supremo argumento ante toda descripción servicial y abierta de su carrera como servicio, era la del español de siempre y... de ahora: "Pero si lo hace todo el mundo... Si nos ponemos así, quedamos en peores posiciones que los demás... Eso es hacer el primo... Crea usted que ganamos muy poco..., nuestra carrera exige un tono de vida superior..., en Estados Unidos viven de esta y de esta manera..., etcétera etc." Y hubo valiente que cierto día, cuando con toda la pasión que pude les hablé de lo que exigía el momento social a su carrera, hubo valiente que me interrumpió diciendo: "Cítenos exactamente las palabras del Papa en que nos manda todo eso..."

RESUMEN.

No quiero continuar, sería dar a la experiencia de aquel fracaso más importancia de la que tiene en sí. El resumen de los tres años se hace fácilmente acusando a nadie y acusando a todos de una falta de orientación y de ambiente debido para promover los

estudios religiosos, los cuales nunca se desarrollarán vigorosamente como lo pueden hacer otros estudios cualesquiera; está demasiado interesada la intimidad de cada hombre con el asunto de la religión para que al margen de la posición religiosa personal pueda fomentarse un ambiente de interés por la teología. Hoy vivimos, por causa de muchos factores, una situación de inseguridad religiosa en el alma de esta generación, inseguridad, crisis, con la que hay que contar cuando se trata de organizar una enseñanza de este tipo, inseguridad que no es ateísmo, ni mucho menos, ni despreocupación, sino todo lo contrario, que es cansancio de las formas, fatiga de los rollos, desasosiego, turbación. Y la culpa es doña Ambiente.

Es decir, no la Universidad. Qué fácil y qué injusto es enfrentarse con este engorroso problema de la docencia religiosa superior, cargando toda la culpa de sus dificultades sobre la entidad universitaria, sus hombres y sus métodos. Seamos más justos y miremos al problema con más hondura. Creo, sinceramente, que no es la Universidad la que aquí fracasa, sino la preuniversidad y la circauniversidad.

JOSÉ MARÍA DE LLANOS, S. J.

Sobre el Curso preuniversitario

I.—EL CURSO PREUNIVERSITARIO.

La Ley de Ordenación de la Enseñanza Media de 26 de febrero de 1953, estableció, en su artículo 83, el curso preuniversitario. Textualmente, este artículo dice, como es bien sabido, lo siguiente: "Los bachilleres de Grado Superior que aspiren al ingreso en Facultades Universitarias, en Escuelas especiales de Ingenieros o Arquitectos o en otros Centros superiores para los que así se establezca, seguirán, bajo la responsabilidad académica de los Institutos Nacionales o de los centros no oficiales, reconocidos superiores de Enseñanza Media, un curso pre-universitario para completar su formación."

Sin duda alguna, el curso preuniversitario constituye una de las medidas de más profundo alcance en el terreno de la educación que se hayan dictado en nuestra Patria. Es, al mismo tiempo, medio revolucionario en el sistema y planteamiento radicalmente nuevo de entender un problema tan decisivo como el de la educación del muchacho en la época más importante de su vida. La triple orientación—vocacional, pedagógica y formativa—a que responde, abre un cauce de esperanza que, de corresponder con la línea intencional que lo preside, puede asegurar el cambio total en la mentalidad y en la formación de las jóvenes promociones de estudiantes. En lo vocacional, permite atemperar las preferencias subjetivas, dentro de un proceso total de formación, a las exigencias de la realidad social misma; en lo pedagógico, ofrece sobradas razones para transformar no sólo el mecanismo de desenvolvi-

miento humano del chico, sino para ser, a la vez, un instrumento eficaz de perfeccionamiento ininterrumpido en la formación y en los hábitos mentales y dispositivos del maestro; en lo puramente formativo, proporciona al estudiante un horizonte tan amplio en cuanto a la adquisición de conocimientos y una apertura tal de perspectivas en la integración de su caudal de experiencias culturales, que permite, sin duda, pensar en la factible posibilidad del curso pre-universitario como medio de orientación decisivo, con repercusiones sociales y educativo-sociales verdaderamente extraordinarias.

II.—DISPOSICIONES RELATIVAS AL MISMO.

Muy concretos, hasta el momento presente, son los preceptos que regulan el curso pre-universitario. La ya citada Ley de Ordenación de la Enseñanza Media contiene dos artículos relativos al curso preuniversitario—el 83 y el 94—. Aquél, en su párrafo primero, señala al curso preuniversitario como requisito indispensable para "los bachilleres de Grado Superior que aspiren al ingreso en Facultades Universitarias, en Escuelas Especiales de Ingenieros o Arquitectos, o en otros Centros superiores para los que así se establezca". Y este mismo artículo 83, en su párrafo segundo, determina el contenido del curso en cuestión. El artículo 94 otorga al curso preuniversitario un valor de antecedente necesario para el paso sucesivo de las Facultades universitarias y Centros superiores, exigiendo—"a los que acrediten debida-